ABRIL 2026 VOL. 02



Sara y punto

MICROMUNDOS

MICROMUNDOS

ATLANTA, GA
micromundosmagazine@gmail.com

Dirección, Producción y Diseño
LUNA
lunaqueescribe@gmail.com

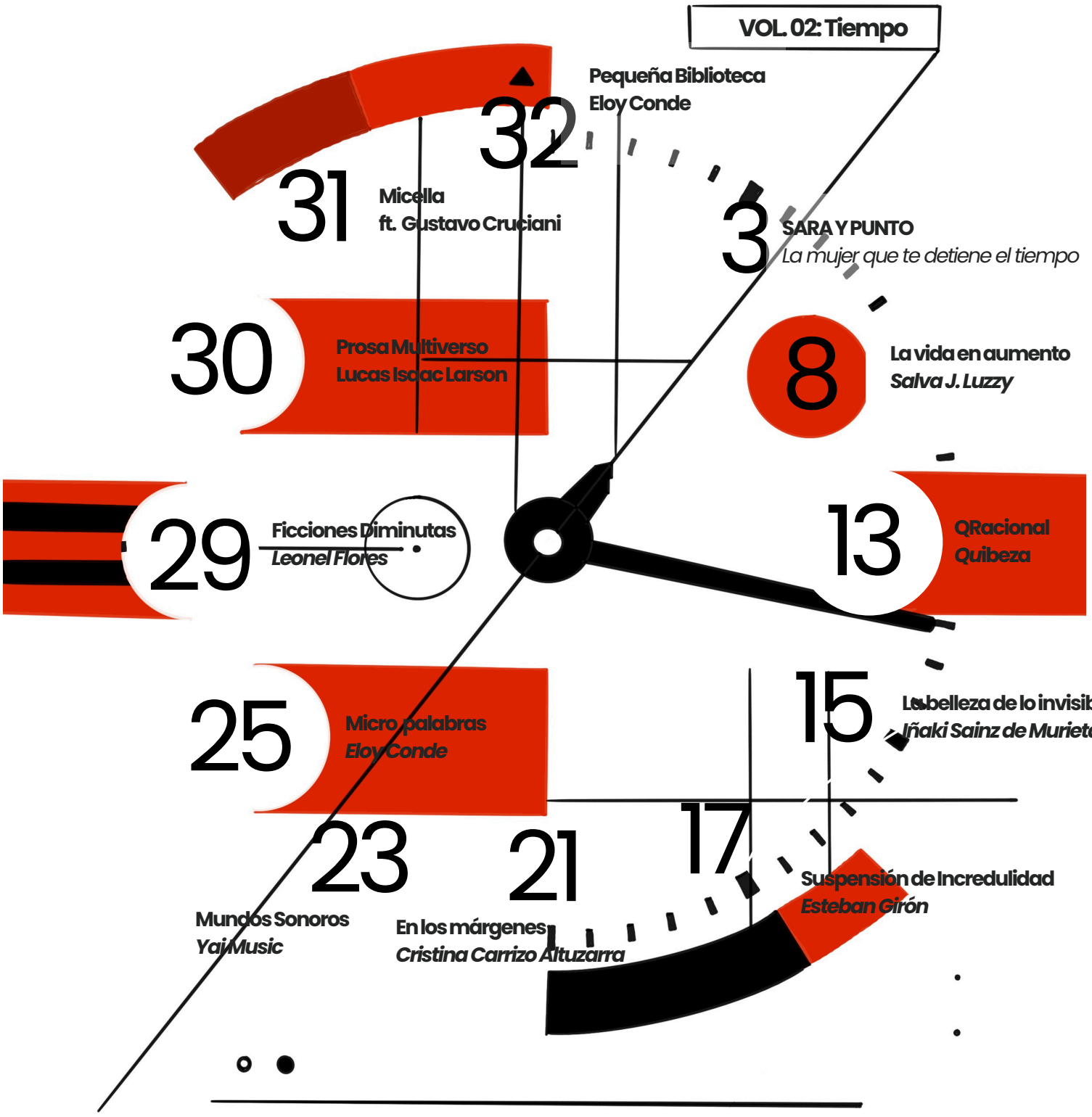
Edición y Corrección
Esteban Girón
Posthac Publishing, Panamá 2026
posthacpublishing@gmail.com

Columnas Y Colaboradores:
En los márgenes - Cristina Carrizo Aturzarra
Ficciones diminutas - Leonel Flores
La belleza de lo invisible - Iñaki Sainz de Murieta
La vida en aumento - Salva J. Luzzy
Micella - Gustavo Cruciani,
Micro palabras - Eloy Conde
Mundos sonoros - Yai Music
Pequeña biblioteca - Eloy Conde
Prosa multiverso - Lucas Issac Larsson
QRacional - Quibeza
Suspensión de incredulidad - Esteban Girón

Ilustraciones
YoCo Art @yoco_art

Primera edición: Marzo 2026
Segunda edición: Abril 2026

No se permite la reproducción total o parcial de esta edición, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico o mecánico, sin el permiso previo y por escrito del director.



MICROMUNDOS


MICROMUNDOS
Sara y punto




VOL. 02











Ella no cree en el tiempo pero escribe como si pudiera detenerlo

Sobre la escritura de @sara_y_punto_ y su poemario “Desde que tú”

Hay quienes escriben para recordar.
Y hay quienes escriben porque olvidar sería una forma de desaparecer.

La poesía de @sara_y_punto_ parece nacer en ese segundo territorio: uno donde el tiempo no avanza, sino que se queda suspendido como polvo en la luz de una ventana. Un tiempo que no se mide en relojes, sino en ausencias.

Porque si algo hace su escritura, no es narrar el paso del tiempo…
es interrumpirlo.

En un mundo que insiste en moverse, su poesía decide quedarse.

El título de su libro, “Desde que tú”, ya contiene una fractura. No es una frase completa, es un inicio detenido. Un “desde” sin resolución. Una línea que no avanza, como si el lenguaje mismo hubiera tropezado con algo demasiado grande para decirse.

Ese “tú” no es solo una persona.
Es un punto de quiebre.

A partir de ahí, todo parece organizarse en torno a una ausencia que sigue ocurriendo. Porque en su universo poético, lo que se ha ido no desaparece: permanece transformado en tiempo.

Un tiempo íntimo, circular, casi inmóvil.

Como si cada poema fuera una forma distinta de tocar el mismo momento.





En uno de sus textos, la autora se define a sí misma como “sentimientos y momentos… pasado, presente y futuro” . Esa declaración no es casual: revela una conciencia profunda de que la identidad no es fija, sino temporal.

Pero su poesía no acepta del todo esa linealidad.

Más bien la desafía.

En lugar de avanzar del pasado al futuro, sus versos orbitan. Regresan. Insisten. Repiten. Como si escribir fuera una manera de decir:
esto todavía está pasando.

Y ahí aparece una de las tensiones más bellas de su obra:

Ella no cree en el tiempo… pero escribe como si pudiera detenerlo.

Lo más interesante de “Desde que tú” no es lo que dice, sino lo que deja sin decir.

Hay silencios que pesan más que las palabras.
Vacíos que no son ausencia, sino forma.

Su escritura trabaja desde lo mínimo: gestos, recuerdos fragmentados, emociones que no terminan de nombrarse. Y sin embargo, en esa economía, aparece una profundidad inesperada.

Como si cada poema fuera una grieta por donde se asoma algo más grande.

Algo que no cabe en el lenguaje.

En esta edición de Micromundos, donde exploramos el tiempo, la obra de Sara dialoga desde un lugar muy particular: no como una línea que avanza, sino como una persistencia.

Su poesía no habla del paso del tiempo.
Habla de aquello que el tiempo no logra borrar.

Y quizás por eso resuena.

Porque todos tenemos algo así:
un instante que no termina de irse,
una memoria que no envejece,
una emoción que sigue ocurriendo en presente.

Quizás la mayor virtud de este poemario es que no busca resolver nada.

No cierra.
No explica.
No concluye.

Se queda.

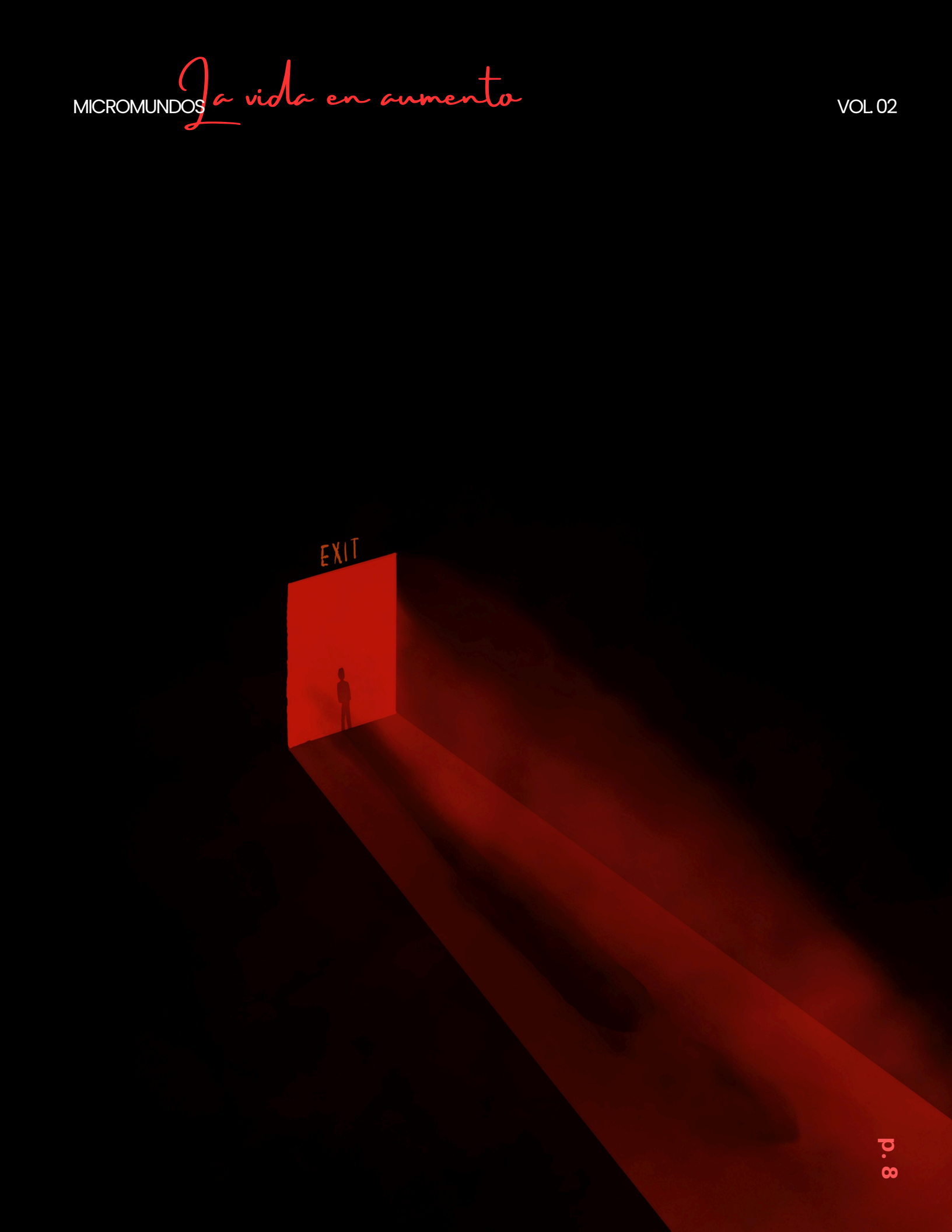
Y en ese gesto, profundamente honesto, ocurre algo extraño: el lector también se queda. Habitándolo. Completándolo. Reconociéndose.

Porque al final, el tiempo no es solo lo que pasa…

Es también lo que decidimos no soltar.


#DESDEQUETÚ
SARA Y PUNTØ
PUNTØ editorial


love


EXIT

Salva J. Luzzy
@r.s.j.luzzy

EL ESPACIO ENTRE LAS COSAS

El semáforo llevaba quizá medio minuto en rojo. Tiempo suficiente para que el conductor de mi Uber tamborileara los dedos sobre el volante con la concentración de quien espera una noticia importante. A su derecha, en otro auto, una mujer inclinada sobre el móvil movía la cabeza a intervalos, como comprobando que el semáforo seguía ahí. Nada extraordinario estaba ocurriendo. Solo una pausa.

Y, sin embargo, la escena tenía algo ligeramente dramático, como si aquellos treinta segundos fueran una pequeña injusticia. Hay momentos en que uno tiene la impresión de que el tiempo ha dejado de ser un compañero para convertirse en un adversario.

No siempre fue así. Durante siglos el tiempo fue algo que simplemente ocurría: amanecía, oscurecía, llegaba el invierno, volvía la primavera. La vida se organizaba alrededor de esos ritmos previsibles. Hoy, en cambio, tenemos la sensación de que el tiempo es un recurso escaso que debe gestionarse con eficiencia, como el combustible o el dinero.

Mientras el conductor se impacientaba recordé cómo me asustaron los Hombres Grises cuando leí *Momo* de niño. Aquellos ladrones de tiempo que contaban cada segundo de tu vida y te convencían de que debías invertirlo y administrarlo con eficiencia, nunca regalarlo. Lo robaban sin que casi nadie lo advirtiera, mientras Momo era la única que veía que algo estaba ocurriendo. A veces sospecho que los Hombres Grises ganaron aquella historia.

Las máquinas, en teoría, venían a ayudarnos. Ascensores más rápidos, trenes más veloces, información que cruza el planeta en segundos. Todo parecía destinado a liberarnos de la lentitud. Pero ocurrió algo curioso: cuanto más rápido se volvió el mundo, más impacientes nos volvimos nosotros.

Carl Honoré, uno de los impulsores del movimiento *slow*, lleva años señalando que la velocidad ha dejado de ser solo una herramienta para convertirse en un valor moral. Lo rápido nos parece eficaz, moderno, admirable. Lo lento, en cambio, despierta sospecha. Si algo tarda demasiado, asumimos que algo está fallando. La lentitud se ha convertido, poco a poco, en una pequeña vergüenza contemporánea: algo que tratamos de ocultar como si fuera un defecto.



Esta obsesión convive con culturas que han pensado el tiempo de otro modo. Japón, por ejemplo, suele percibirse desde fuera como un país extraordinariamente rápido: trenes de alta velocidad atravesando el paisaje con puntualidad casi matemática y ciudades que funcionan con una eficiencia casi coreográfica. Y, sin embargo, en el corazón de su estética existe una idea que celebra lo contrario.

Los japoneses tienen una palabra, *ma*: el silencio entre dos notas musicales, el espacio vacío en un jardín zen, la pausa que permite que algo tenga forma. No es un vacío accidental. Es un vacío deliberado, una respiración, el aire que no se ve pero que permite que todo lo demás exista.

La paradoja es evidente. Algunas de las sociedades más aceleradas del planeta conservan, en su imaginario cultural, una profunda sensibilidad hacia la pausa. Tal vez han comprendido algo que nosotros olvidamos con facilidad: que la velocidad pertenece al exterior, pero la calma al interior. Transitar ese intervalo resulta necesario en un mundo que huye constantemente de sí mismo.

En Occidente tendemos a imaginar el tiempo como una línea que avanza constantemente hacia delante. El presente se convierte así en una plataforma desde la que saltamos hacia el siguiente objetivo. Pero el tiempo que realmente recordamos funciona de otra manera: no se mide en minutos ni en horas, sino en densidad. Una tarde de infancia puede parecer infinita. Un paseo sin rumbo puede dejar más huella que una jornada llena de reuniones y mensajes urgentes. Algunos momentos se expanden en la memoria; otros desaparecen casi antes de haber ocurrido.

Tal vez por eso muchos de nuestros recuerdos más claros tienen algo en común: no estaban dominados por la prisa. Un café que se enfría lentamente mientras alguien habla, la luz de la tarde entrando por una ventana, un paseo sin destino preciso. Escenas pequeñas en las que el tiempo no parece empujarnos hacia ninguna parte.

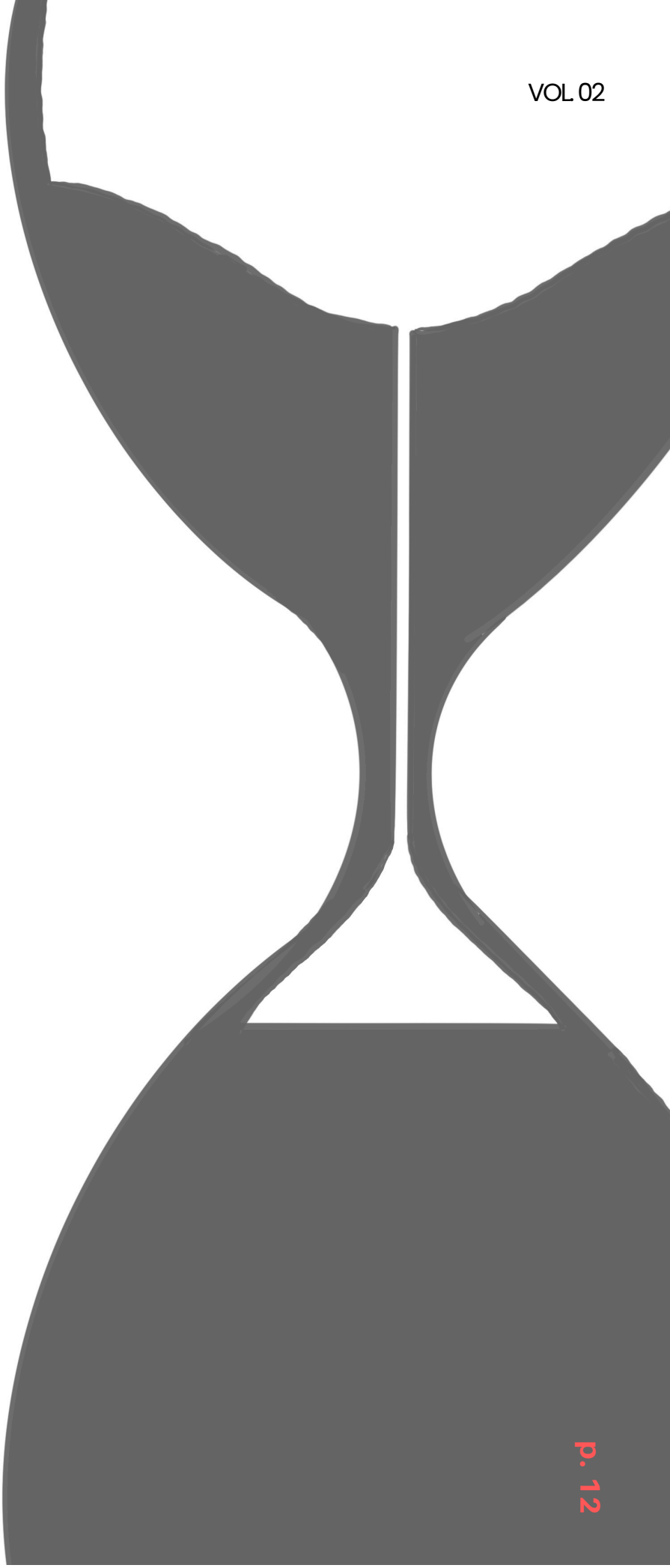
Hace unos días, pensando en todo esto, vi a un anciano sentado en un banco del parque. No hacía nada especial. Miraba a los niños jugar, seguía con la vista el movimiento de las hojas, cerraba los ojos unos segundos y luego volvía a abrirlos. No parecía aburrido ni ocupado. Simplemente estaba allí, conectado con lo que le rodeaba. Algo parecido sucede con los niños pequeños, antes de ese momento en que les damos una pantalla y empezamos a enseñarles a tener prisa.

Salva J. Luzzy
@r.s.j.luzzy

Pensé entonces que quizá la calma no consista tanto en tener menos cosas que hacer como en reconciliarse con el ritmo natural del tiempo. Aceptar lo que la naturaleza acepta desde siempre: que no todo necesita avanzar al mismo paso y que algunas cosas —las más importantes— requieren una cierta lentitud para existir. Las conversaciones profundas o los ciclos vitales no se pueden acelerar, del mismo modo que la amistad o la comprensión de uno mismo no se pueden comprimir.

El semáforo finalmente cambió a verde. Mi Uber arrancó con ese pequeño sobresalto que siempre acompaña al regreso de la prisa. Pero, durante unos segundos, el mundo había estado quieto. Y ahora sospecho que aquel breve paréntesis no era un obstáculo en el camino del tiempo: era el tiempo recordándonos que no siempre tiene prisa.

Salva J. Luzzy
@r.s.j.luzzy





Quibeza

Tik Tok, Tik Tok… ¿No lo escuchan?
Tik Tok, Tik Tok… Porque yo, sí lo escucho.
No me deja dormir. Me pregunta: ¿Dónde estarán? ¿Cuánto más aguantaremos?

El Tiempo: Para muchos un aliado y para otros un enemigo mortal.
Un personaje misterioso, silencioso y algunas veces cobarde.
La Real Academia acertó al asignarle el sexo masculino.

Tik Tok, Tik Tok… Una nueva ola derechista se mueve a nuestros continentes.
Nos promete un mundo macho aunque se ponga faldas, justo, con fronteras y dueños.
Pero yo no le creo. No, tengo dudas.

En México, eligen a la primera presidenta.
Mientras los feminicidios se las sigue llevando. Y eso, que solo van tres meses en este año.
El enfoque es en los daños que se hacen en las marchas de marzo.
¿Y qué de ellas? ¿Sus cortas vidas? El patriarcado será el juez, al juzgarlas por solo nacer. Estados Unidos decide reforzar sus fronteras.
Al parecer, la tez india o soleada se ha convertido en un delito.
A diario se realizan redadas inhumanas e ilegales con el propósito de mejorar el país.
¿Quién les construirá sus casas, autos y carreteras? ¿Quién les cocinará el delicioso manjar para un Cinco de Mayo? Y ¿quiénes les criarán a sus hijos mientras se toman una siesta en el sofá?
Creo que el gobierno norteamericano le seguirá vendando los ojos con el precio del petróleo y el miedo al desigual.

En Europa, la islamofobia es el plato principal.
¿Es que no se saben acoplar? ¿Es que el velo las esconde? ¿Es que siguen la ley islámica?
¿Y nosotros? No, no nos quedamos atrás.

Tik Tok, Tik Tok… La izquierda no se queda atrás.
Nos vende sus promesas vacías, mientras se llena sus bolsillos.

Tik Tok, Tik Tok… Y yo sigo aquí. Tomándome un café y peleándome con el tiempo. Porque todavía hay muchas promesas que cumplir.



La belleza de lo invisible

Jaaki Sainz de Murieta

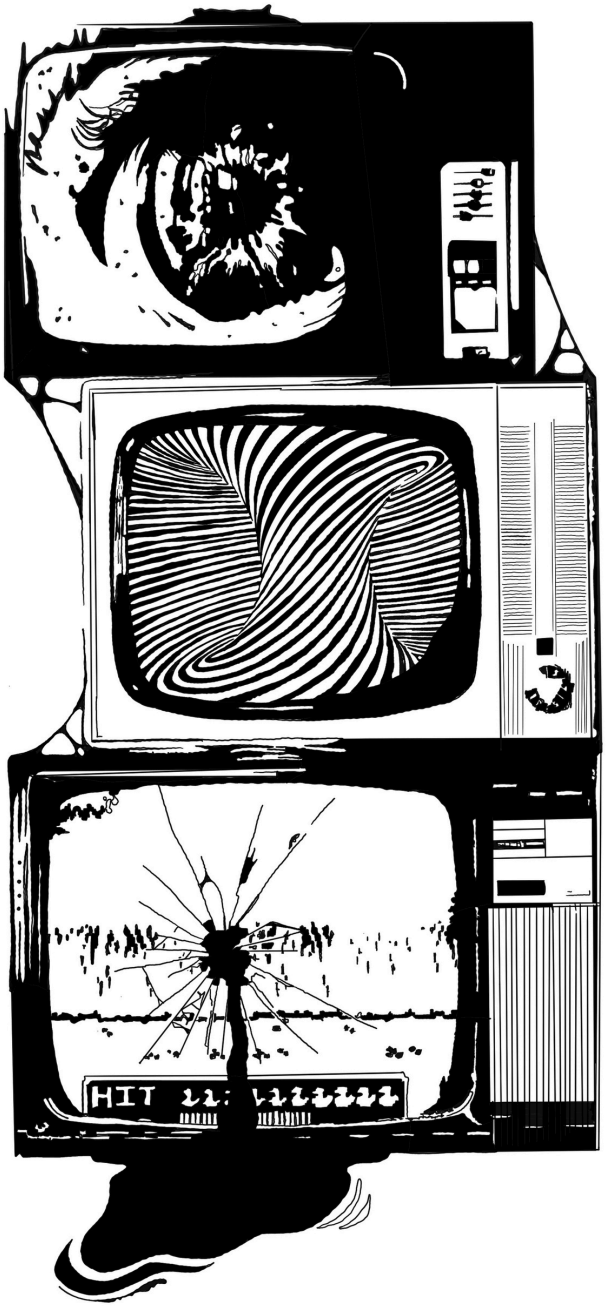
Resulta ya un hecho incuestionable que vivimos en una sociedad acelerada debido a la tecnología. Somos sus esclavos, sin llevar cadenas, por cuanto que estas pesan e inmovilizan, mientras que el imperio digital nos obliga a fluir y a estar disponibles en todo momento y lugar. Nos hemos vueltos adictos a la luz azul de las pantallas. Miramos sin ver y el tiempo pasa sin que seamos plenamente conscientes de ello. La vida se disuelve en el fondo de nuestra retina. La falsa necesidad de inmediatez condiciona nuestra existencia y nos aliena, convirtiéndonos en rehenes de nuestras propias herramientas. Hemos caído en la trampa y nos hemos enamorado de ella.



Existen movimientos de resistencia que combaten estos nuevos límites, pero son los menos. Mientras tanto, muchos, orgullosos de su decisión vital, se hacen llamar nómadas digitales, sin darse cuenta de que están condenados al desarraigo y a la volubilidad de quienes los contratan, fingiendo ser turistas de este vasto territorio al que llamamos mundo. No acostumbran a tener hijos, ni los esperan. No se pueden permitir ese terrible accidente. Para cuando quieren darse cuenta, y pretenden recular, ya es tarde para ellos. Les quedan sus sobrinos, si los tienen. El tiempo es igual para todos, aunque nos quieran vender la teoría del click. La biología gobierna en silencio nuestra existencia, por eso necesitamos de la cultura para externalizarla y visibilizarla.

Los antropólogos sabemos de la importancia y de los beneficios de los ritos de paso, pero estos están siendo abandonados a lo largo de todo el orbe. Se ha difuminado la identidad local frente al globalismo. El símbolo se ha vaciado de contenido para poder venderlo como un souvenir a los turistas. Las personas ya no tienen tiempo físico para llevar a cabo las ceremonias que dan sentido a sus vidas. Se nos niega sistemáticamente el cambio socialmente dignificado y santificado de joven a adulto, alargando dicha transición hasta que peinamos canas. No nos enseñan a ser hombres, ni mujeres. Ya no hay patrón. Las personas ya no tienen una identidad clara por temor a ser cancelados. La cultura es un arma arrojadiza y el enemigo está en todas partes. No hay tiempo para observar lo que ocurre a tu alrededor, porque prima el individualismo más exacerbado. Es mejor sacar una foto de pasada y colgarla en ese muro digital que tanto aprecias, para recordar que algún día pasaste por allí con un coche que ni siquiera era tuyo. Qué pena no haber respirado un poco más.

Es tarde. Terminamos ya. Recuerda cargar la batería del móvil, porque ya casi no queda. Ya irás a dormir después, cuando tus ojos, quemados de luz, te duelan y tus lágrimas estén secas.



Iñaki Sainz de Murieta
@imurieta

Esteban Girón
@estebangiron

Vive como si el tiempo importara, porque eventualmente se acaba

Tictac, tictac. Para no sonar tan siniestro y sin querer entrar en los dominios de Yai, les cuento que buscando un poco más de inspiración para la columna, escuché Tiempo de Jarabe de Palo feat. Vico C y Jovanotti. **Curioso elemento el tiempo**. ¿Hace cuánto no habitas un instante sin medirlo?

Bienvenidos a **Suspensión de Incredulidad**, yo soy Esteban y seré su acompañante a través de este espacio en el que "sentipensamos" el cine y las series.

Como ya sabrán, el **tema central** de nuestra segunda edición es el tiempo. Pero en lugar de tomar la ruta simplista de revisitar cómo este se ha representado en la pantalla a través de los años (igual lo haré al final, la terquedad corre intensa en mi familia :D), me iré a explorar dos conceptos distintos acerca del tiempo, pero de cierto modo interconectados: *carpe diem* y *memento mori*.

Para ilustrar el primero de los conceptos, les voy a recomendar que vean **The Bear**. Carmen "Carmy" Berzatto, un chef de alta cocina regresa a Chicago para hacerse cargo del caótico negocio familiar, donde **cada segundo cuenta** — literalmente — mientras intenta transformarse a sí mismo bajo una presión sin tregua (y autoimpuesta). En su búsqueda de la excelencia, distorsiona la idea de aprovechar el día para hacerlo extraordinario y termina distanciándose del **aquí y ahora**, esclavizado al presagio del día siguiente. Es protagonizada por Jeremy Allen White, Ayo Edebiri y Ebon Moss-Bachrach, entre otros talentosos artistas. Tiene 4 temporadas hasta ahora, es una producción de FX Networks (división de Disney Entertainment). Ha ganado 21 premios Emmy y 6 Globos de Oro.

En cuanto al segundo concepto, los invito por favor a ver **The Pitt**. En ella, un equipo médico liderado por Michael "Robby" Robinavitch, enfrenta jornadas límite en la sala de urgencias de un hospital en Pittsburgh, donde cada decisión debe tomarse en segundos y puede significar la diferencia entre la vida o la muerte. Este ambiente nos recuerda que todos tenemos **el mismo destino: abandonar este plano**. Más vale que dejemos huella. Estelarizada por Noah Wyle (egresado de ER), Patrick Ball, Katherine LaNasa, Supriya Ganesh y Fiona Dourif, acompañados por una alineación de lujo. Lleva 2 temporadas y es producida por HBO Max (parte de Warner Bros. Discovery). Ganó 5 premios Emmy y el Globo de Oro.

Ahora, ¿cómo amalgamamos *carpe diem* con *memento mori*? Se me ha ocurrido esto:

"El tiempo no es solo algo que se tiene que aprovechar o algo a lo que se le debe temer; es el criterio para volver **urgentes** nuestras decisiones y **valiosas** nuestras relaciones."

Quizás por eso el cine y la televisión insisten tanto en doblar, romper o reinventar el tiempo: porque en el fondo **no lo entendemos, pero lo sentimos**. Lo vigilamos como en Timecop, lo desafiamos como en Terminator, lo corregimos como en Back to the Future, lo protegemos como en El Ministerio del Tiempo, lo multiplicamos como en Everything Everywhere All At Once... y aun así, termina escapándose.

Tal vez la verdadera suspensión de incredulidad no ocurre frente a la pantalla, sino fuera de ella: cuando actuamos como si el tiempo fuera infinito. Pero no lo es. Y en ese límite —incómodo, inevitable— es donde cada historia, y cada vida, encuentra su peso.



(...)
Yeah, un bacio dura quanto dura un bacio, lo sai
Un sogno dura quanto dura un sogno, lo sai
Il tempo dura con lo que dura il tempo
Curioso elemento, il tiempo

Il tempo soffia quando soffia il vento, lo sai
Il tempo abbaia quando abbaia il cane, wooh
Il tempo ride se te stai ridendo
Curioso elemento, il tempo

Jarabe de Palo
"Tiempo"

¿Qué es el tiempo en...?

Terminator, *1984*. Cine. Un bucle inevitable.
Back to the Future, *1985*. Cine. Un juego de causa y efecto.
Timecop, *1994*. Cine. Un recurso regulado que puede ser manipulado.
Trilogía Before (de Richard Linklater), *1995, 2004, 2013*. Cine. El verdadero protagonista
Minority Report, *2002*. Cine. Una advertencia.
Rick and Morty, *2013*. TV Un caos sin consecuencias...hasta que la tiene.
El Ministerio del Tiempo, *2015-2020*. TV. Un patrimonio que proteger.
Avengers Endgame, *2019.* Cine. Una herramienta para corregir pérdida (no sin costo).
Everything Everywhere All At Once, *2022.* Cine. Todas las posibilidades a la vez.
The Bear, *2022*. TV. Presión constante.
The Life of Chuck, *2024.* Cine. La resignificación de la vida de atrás hacia adelante.
The Pitt, *2025.* TV. Urgencia contra la muerte.



Cristina Carrizo Altuzarra
@cristina_altuzarra

En los márgenes del tiempo suceden cosas que no aparecen en ninguna agenda.
El otro día bastó una simple frase de mi hijo para replantearme varias cosas:
—Mamá, siempre dices que mañana. Me prometiste que lo haríamos hoy.

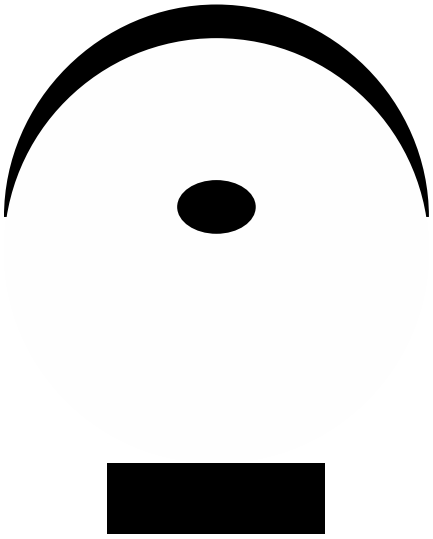
Y no supe qué decir.
Tenía razón.
Antes de ser madre tenía tiempo.
O eso creo.
Me pregunto muchas veces qué hacía con él, cómo me organizaba, cómo podía hacer tanto en un día que sigue durando lo mismo.
Veinticuatro horas.
Ahora el tiempo no pasa: arrasa.
Y yo lo persigo por detrás.
Intento organizarlo todo. Hago horarios, bloques, listas. Me prometo aprovechar mejor los días. Me digo que esta vez sí. Que esta semana sí voy a llegar a todo.
Y, sin embargo, en algún momento, sin saber muy bien cómo, me descubro mirando el móvil.
Deslizando.
Y el tiempo esfumándose entre stories.
Entonces aparece la culpa.
La sensación de no estar haciendo nada y la angustia de todo lo que quiero hacer.
Vivimos en una carrera contra un reloj donde los años pasan como meses, los meses como días y los días como minutos.
Y, al mismo tiempo, ese mensaje machacón: "vive el presente".
Como si no lo hiciéramos ya.
O, al menos, no lo intentáramos.
Como si pensar en mañana no fuera también una forma de sostenerse.

De seguir.
De darle sentido.

Hay días en los que estoy tan cansada que parece que me hubieran apagado el interruptor.

Entonces solo puedo arrastrarme hasta la cama y dormir.
Y duermo. Mucho.
Pero no descanso.
Me levanto cansada, bostezando.
La cabeza no para:
la tarea, el examen, la compra, la llamada pendiente, la lavadora, el email, la vacuna de la perra, la agenda que no encuentro, la vida que se me escapa.
Y sigo tachando tareas de una lista que se presume interminable.
Y, sin embargo, en los márgenes, siguen pasando cosas. Mis hijos riéndose en la cocina.
Un te quiero antes de dormir.
Un "venga, ahora" que le gana al "mañana".
Momentos imprevistos.
Que no aparecen en la lista,
pero que son exactamente la vida.
Quizá el problema no sea perder el tiempo.
Sino no elegir cómo y con quién hacerlo.
Sabemos que no vamos a llegar a todo.
Pero lo intentamos.
Ayer, al final, hice caso.
Dejé lo que tenía pendiente y le dije a mi hijo:
—Venga. Hagámoslo ahora.
Y esta vez,
el tiempo nos dio una tregua.





Ya nada era igual
aunque el tiempo pasara.

Me quedé en un pasado
que ya no sabía sostenerme,
mientras el futuro insistía
en parecer imposible.

Quise esperarlo
pero entendí:
no era lo mismo.

Y en ese hueco silencioso,
como el de una canción lejana,
dejé de fingir.

“El tiempo cura todo” dicen...
pero hay quienes esperan sin sanar.

Y aún así, seguimos,
entre lo que anhelamos
y lo que no vuelve,
debiendo ser más indulgentes con el presente.

YAI
@yaimusic



“Las horas contadas”

Aquí, en mi tierra, decimos que algo tiene solera cuando los años han cumplido su efecto. Como en el vino, donde las barricas más antiguas son las que viven más abajo, junto al suelo. Este paso lento de la vida, le da su toque añejo, su madurez, su prestigio.

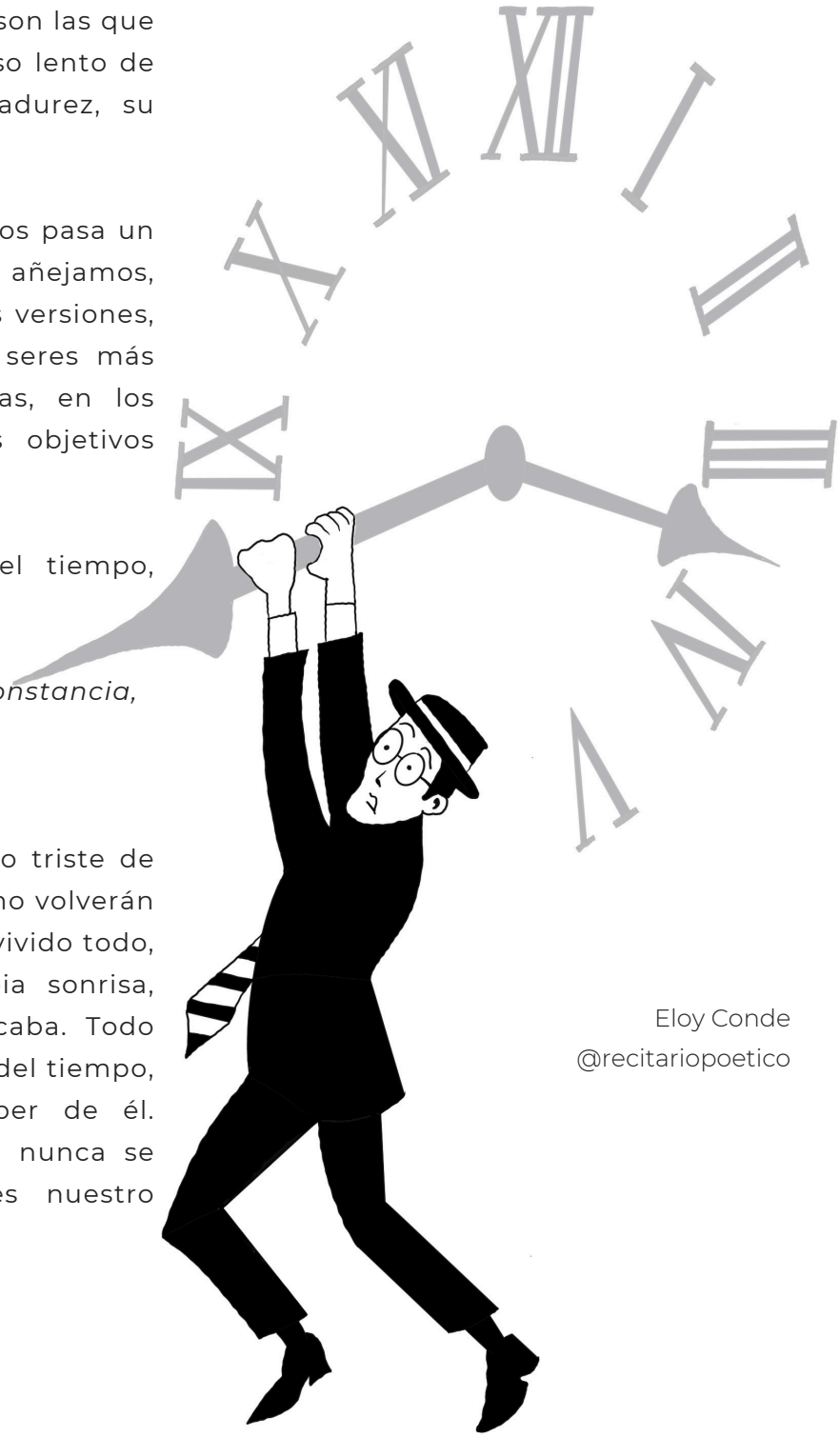
A nosotros, en la mayoría de los casos nos pasa un poco igual, con el paso de la vida, nos añejamos, nos transformamos en mejores o peores versiones, pero desde luego nos convertimos en seres más expertos, en las alegrías, en las penas, en los imprevistos, en los fracasos y en los objetivos cumplidos.

Un día, pensando en escribir sobre el tiempo, escribí estas frases:

Ni el tiempo, ni la fuerza, ni siquiera la constancia,
evitarán convertir en piedra y arena,
nuestras sonrisas lánguidas.

Me dejé arrastrar por la nostalgia, por lo triste de nuestro tiempo finito, por las horas que no volverán jamás. Me vi, como alguien que ya lo ha vivido todo, alguien que no confía ni en su propia sonrisa, porque ha descubierto que todo se acaba. Todo esto me hizo reflexionar sobre la verdad del tiempo, y lo poco que nos atrevemos a saber de él. Pensando que siempre estará ahí, que nunca se acabará la rueda, y que hoy no es nuestro momento.

Clic, clac.
Clic, clac.
Resuena la lluvia en el alféizar.
Clic, clac.
Clic, clac.
El tiempo corre, quiere marchar.
Clic...
Clac.



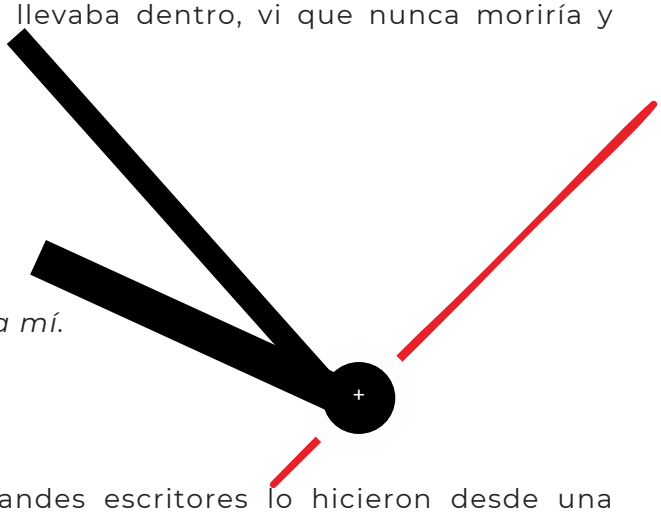
Eloy Conde
@recitariopoetico

Pero esa solera, esa raigambre que es la construcción propia de nuestra persona, de todo lo que hemos sido y lo que nos hace ser, me hizo pensar que el tiempo, aún no tiene las horas contadas, incluso en los minutos y horas pasadas, tenemos mucha vida por experimentar.

Creo firmemente que esta es una de las misiones de la poesía. La poesía bebe del tiempo, de la pausa entre sus versos, de la tonalidad que abrasa a quien la lee, bebe de la vida del poeta, de las horas sentadas sobre un papel. La poesía vive del tiempo en el que está oculta hasta que alguien la hace parte de su sangre, se hace fuerte con los siglos, mantiene vivos los amores eternos e imprime las emociones efímeras sobre una losa irrompible donde perdurarán por los años venideros.

Besos hechos poemas, versos hechos besos derretidos en nuestros ojos que alumbran el mundo desde un prisma irreconocible, impensable para quien no lee.

Tras cavilar sobre el tiempo, sobre aquellas tristes frases que escribí, vi que estaba equivocado, vi que en la poesía encontraría el amor que siempre llevaba dentro, vi que nunca moriría y escribí:



En la curvatura de los minutos que me regalas muero.
Y de soslayo vuelvo y vivo,
sobre los regalos en tiempo que me dan tus días.

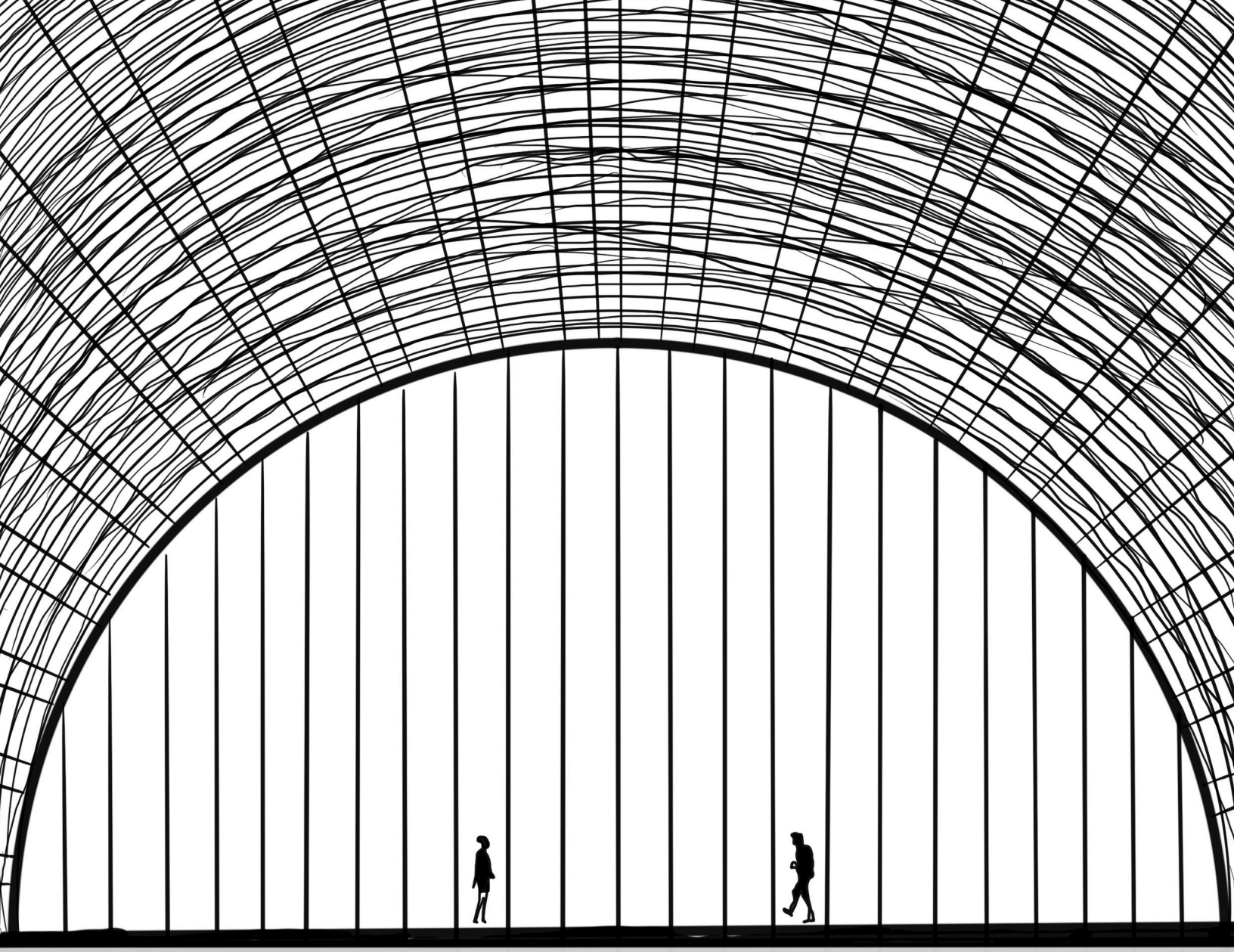
Escasos minutos de tu voz, con un mensaje propio para mí.
Tu tiempo sobre el mío. Lo efímero sobre lo eterno,
el aire que vuela por tu carmín.

Pero quién soy yo hablando del tiempo, cuando grandes escritores lo hicieron desde una profundidad más absoluta que la que yo pudiera ni siquiera oler.
Creo que es el mejor momento para recordar lo que sabiamente escribió Pablo Neruda y publicó en la década de 1950. Su Oda al tiempo.



ODA AL TIEMPO

DENTRO de ti tu edad
creciendo,
dentro de mí mi edad
andando.
El tiempo es decidido,
no suena su campana,
se acrecienta, camina,
por dentro de nosotros,
aparece
como un agua profunda
en la mirada
y junto a las castañas
quemadas de tus ojos
una brizna, la huella
de un minúsculo río,
una estrellita seca
ascendiendo a tu boca.
Sube el tiempo
sus hilos
a tu pelo,
pero en mi corazón
como una madreselva
es tu fragancia,
viviente como el fuego.
Es bello
como lo que vivimos
envejecer viviendo.
Cada día
fue piedra transparente,
cada noche
para nosotros fue una rosa negra,
y este surco en tu rostro o en el mío
son piedra o flor,
recuerdo de un relámpago.
Mis ojos se han gastado en tu hermosura,
pero tú eres mis ojos.
Yo fatigué tal vez bajo mis besos
tu pecho duplicado,
pero todos han visto en mi alegría
tu resplandor secreto.
Amor, qué importa
que el tiempo,
el mismo que elevó como dos llamas
o espigas paralelas
mi cuerpo y tu dulzura,
mañana los mantenga
o los desgrane
y con sus mismos dedos invisibles
borre la identidad que nos separa
dándonos la victoria
de un solo ser final bajo la tierra.



Seguiré queriendo desgranar qué ha pasado con el tiempo que ya he vivido y querré hacerlo por siempre, viviendo más, acumulando recuerdos e intentando describir mi engranaje extraño, con el fin de poder escribir para ti, con la esperanza de que algún día me leas.

Parece que el tiempo no ha pasado desde nuestra última vez,
pero se deshacen las cortinas y su polvo se me atora en la voz,
se hacen fuertes las enredaderas que aprisionan mi cuerpo.
Parece que se hace tarde, aunque siga pensando que fue ayer.

Eloy Conde
@recitariopoetico



LEONEL FLORES

Ficciones diminutas

"AVENIDA ESPAÑA"

Una multitud
pululaba entre nosotros.
En varias ocasiones nos perdimos de vista.
La música con estribillo retumbaba durante el camino.
Juan, el más intrépido y perspicaz, se colaba en medio de la multitud, como un pez que se paseaba por entre las piedras.
El resto éramos más temerosos y asustadizos, como suricatos.
Mirábamos nerviosos de lado a lado, mientras a los vendedores de bebidas se le escapaban goterones de agua helada que caían sobre nuestras cabezas.
La caminata fue larga y agotadora.
La sed llegó como un relámpago que amenazaba nuestra garganta.
Entre los cinco reuníamos veinte bolívares. Lo suficiente como para comprar un algodón de azúcar. Mientras el desfile se llevaba todas las miradas, vítores y aplausos, Alex hurtó, con la rapidez de un gato, un gran cubo de hielo de un vendedor de raspados. Emprendió la huida y yo, al ver que corría, lo seguí. Así todos los demás.
Corrimos en fila, casi en perfecta línea, salvo Juan que zigzagueaba entre la gente.
Nos turnábamos el hielo. Yo lo ponía bajo mi brazo como si cargara un libro frío, húmedo y pesado. Juan prefería ponerlo en su cabeza —pa sentir las gotas rodando por la cara — decía mientras lo sostenía con sus manos. En las escalinatas que daban al parque de diversiones, nos sentamos a calmar la sed. Pasamos la lengua como si aquel cubo de hielo sucio y frío fuera suficiente. Ocultamos el hielo entre la maleza y nos colamos en la plaza de toros. El lugar estaba repleto. Un coro repetía una y otra vez olé, olé. Cuando volvimos por el hielo, sol inclemente de aquella tarde de enero lo había aniquilado. Los cinco mirábamos la escena, absortos y tristes, como si estuviéramos perdiendo a uno de nosotros.

Lucas Isaac Larson
@lucas.isaac.writer



Ritmo Circadiano

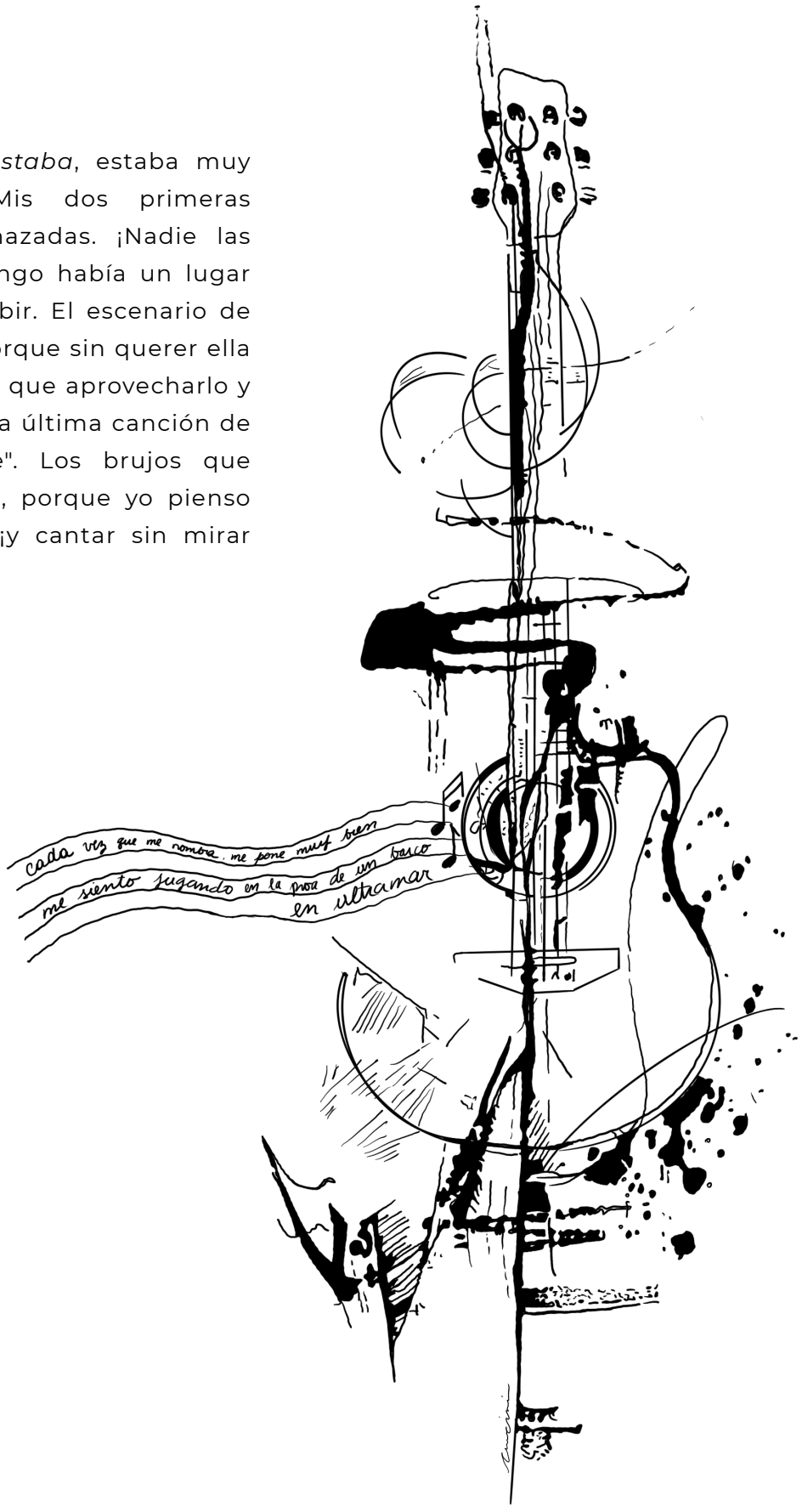
¿Y si mido el paso del tiempo
al son de mis latidos?
No más segundos, ni días, ni años,
nadie ni nada definiendo agendas,
ni ciclos, ni horarios.
Un simple y elocuente adiós al calendario,
solo mis pálpitos determinando
cuando amanece
y cuando llega el verano.

¿Elegiría latir intenso
tal cual colibrí bebiendo en tus labios,
aunque mí existencia durara
solo un deslumbrante suspiro
momentáneo?
¿O como meditante ballena azul
lerdo pulsaría,
buscando alcanzar el nivel de Athena,
en su infinita vida y plena sabiduría?

Tu boca,
sin duda alguna,
moriría en tu boca.

La banda que me gustaba, estaba muy lejos: inalcanzable. Mis dos primeras canciones fueron rechazadas. ¡Nadie las escuchó! Pero el domingo había un lugar donde nadie quería subir. El escenario de la vida, me esperaba porque sin querer ella me hizo un lugar. Tenía que aprovecharlo y afinar mi guitarra con la última canción de aquel "espíritu salvaje". Los brujos que enciendan los candiles, porque yo pienso volver a enamorarme ¡y cantar sin mirar atrás!

Gustavo Cruciani
@gustavo.cruciani



Los trenes de la noche y otros poemas

Un viaje por las tierras de Chile, donde los pueblos, las costumbres del camino y los momentos, pasan por la ventana de un tren que viaja durante días por sus paisajes.



Un libro muy corto con una selección de poemas del autor, en el que el poema principal consta de 17 pequeños poemas que dan nombre al poema completo: "Los trenes de la noche".

La nostalgia y el paso del tiempo en una tierra a la que se nota que adora, lo baña todo en estas líneas. Tras el viaje central nos regalan otros 4 poemas destacados en los que sobresale " Bajo el cielo nacido tras la lluvia."

este libro es un acercamiento sencillo y cálido a Jorge Teillier.

MICROMUNDOS

MICROMUNDOS

ATLANTA, GA
micromundosmagazine@gmail.com